



Seix Barral Biblioteca Formentor

Paul Auster

Baumgartner

Traducción del inglés por
Benito Gómez Ibáñez

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Baumgartner*

© Paul Auster, 2023
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2024
Composición: Realización Planeta

© 2024, Editorial Planeta, S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: marzo de 2024
ISBN: 978-84-322-4329-5

Primera edición en formato epub en México: marzo de 2024
ISBN: 978-607-39-1148-1

Primera edición impresa en México: marzo de 2024
ISBN: 978-607-39-1065-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México – *Printed in Mexico*

1

Baumgartner está sentado en su escritorio de la habitación de la planta alta, que, según los casos, denomina estudio, *cogitorium* o madriguera. Pluma en mano, va por la mitad de una frase del tercer capítulo de su monografía sobre los seudónimos de Kierkegaard cuando se da cuenta de que el libro donde viene la cita que le hace falta para acabarla está abajo, en la sala, donde lo dejó anoche antes de acostarse. Mientras baja a buscar el libro, se acuerda también de que prometió llamar a su hermana esta mañana, a las diez, y como ya es casi la hora decide ir a la cocina y hacer la llamada antes de recoger el libro de la sala. Al entrar en la cocina, sin embargo, un olor acre y pe-

netrante lo detiene bruscamente. Se está quemando algo, piensa, y mientras se dirige hacia la estufa, ve que se ha quedado encendida una de las hornillas delanteras y que una llama persistente está corroyendo el fondo del pocillo de aluminio que ha utilizado tres horas antes para hacerse los dos huevos cocidos del desayuno. Apaga la hornilla y entonces, sin pensarlo dos veces, es decir, sin molestarse en buscar un guante o un trapo de cocina, retira de la estufa el humeante y destrozado pocillo para hervir los huevos y se quema la mano. Baumgartner da un grito de dolor. Una fracción de segundo después suelta el recipiente, que cae al suelo con brusco y metálico estruendo, y luego, sin dejar de aullar de dolor, se precipita al fregadero, abre el agua fría, pone la mano derecha debajo del grifo y la mantiene allí durante los tres o cuatro minutos siguientes mientras el gélido chorro le baña la piel.

Esperando haber conjurado posibles ampollas en los dedos y la palma de la mano, Baumgartner se seca cuidadosamente con un trapo, se detiene un momento a flexionar los dedos, se pasa el trapo por la mano un par de veces más y luego se pregunta qué está haciendo en la cocina. Antes de recordar que tiene que llamar a su hermana, suena el teléfono. Descuelga el

aparato de la horquilla y murmura un cauto dígame. Su hermana, dice para sí, acordándose al fin de qué lo ha llevado allí, y ahora que son más de las diez y no la ha llamado, está completamente seguro de que es Naomi quien está al otro lado de la línea, la cascarrabias de su hermana pequeña, que empezará sin duda la conversación regañándolo por haberse olvidado de llamarla *otra vez, como siempre*, pero en cuanto la persona que está al otro lado empieza a hablar resulta que no es Naomi, sino un hombre, un desconocido de voz balbuceante que le ofrece una especie de disculpa por llegar tarde. ¿Tarde para qué?, pregunta Baumgartner. Para revisar el medidor, dice el hombre. Tenía que estar allí a las nueve, ¿recuerda? No, Baumgartner no se acuerda, no recuerda un solo momento de los últimos días o semanas en el que pensara que el inspector de la luz había quedado en pasar por allí a las nueve, y por tanto dice al hombre que no se preocupe, no piensa moverse de casa ni por la mañana ni por la tarde, pero el empleado, que parece joven, inexperto y con ganas de agradar, insiste en explicarle que ahora no tiene tiempo para decirle por qué no se ha presentado a su hora, pero había una *buena razón*, una razón *ajena a su voluntad*, y que pasará por allí en cuanto pueda. Muy bien, dice

Baumgartner, luego nos vemos. Cuelga y se mira la mano derecha, que ya se le ha empezado a irritar por la quemadura, pero al examinarse la palma y los dedos no ve indicios de ampollas ni piel levantada, solo una especie de enrojecimiento general. Podría ser peor, piensa, no me voy a morir por eso, y entonces, dirigiéndose a sí mismo en segunda persona, dice para sus adentros: Considérate un idiota con suerte, estúpido.

Se le ocurre que debería llamar a Naomi ahora mismo, en el acto, *para frenarla*, pero justo cuando descuelga el aparato para marcar el número, tocan el timbre. De los pulmones de Baumgartner surge un suspiro prolongado. Con el tono de llamada aún vibrándole en la mano, cuelga el teléfono, se dirige a la parte delantera de la casa y, malhumorado, da una patada al pocillo quemado al salir de la cocina.

Se le levanta el ánimo al abrir la puerta y ver que es la repartidora de UPS, Molly, visitante frecuente que con el tiempo ha adquirido la condición de... ¿de qué? No de amiga, exactamente, pero ya es más que una simple conocida, dado que desde hace cinco años se presenta en su puerta dos o tres veces por semana, y lo cierto es que el solitario Baumgartner, cuya mujer murió hace casi una década, está chiflado en secreto por esa robusta mujer de treinta y tantos años de quien

ni siquiera conoce el apellido, porque a pesar de que Molly es negra y su mujer no lo era, cada vez que la mira hay algo en sus ojos que le recuerda a su fallecida Anna. Nunca deja de ocurrir, pero difícilmente sabría decir qué es exactamente ese algo. Una sensación de alerta, quizá, aunque es mucho más que eso, o si no, algo que cabría describirse como una *atención radiante*, o bien, sencillamente la fuerza de una *personalidad luminosa*, de una viveza humana en todo su vibrante esplendor, el que emana de dentro afuera en una compleja danza cruzada de sentimiento y razón: algo así, quizá, si es que eso tiene algún sentido, pero comoquiera que se llame a ese atributo de Anna, Molly también lo tiene. Por esa razón, a Baumgartner le ha dado por pedir libros que no necesita y que jamás abrirá para acabar donándolos a la biblioteca pública del barrio con el único propósito de pasar un par de minutos en compañía de Molly cada vez que toca el timbre para entregárselos.

Buenos días, profesor, le dice, dedicándole su luminosa sonrisa como si fuera una bendición. Otro libro para usted.

Gracias, Molly, dice Baumgartner, sonriéndole a su vez cuando ella le entrega el delgado paquete café. ¿Cómo van hoy las cosas?

Todavía es pronto —demasiado pronto para saberlo—, hay altibajos, pero de momento más altos que bajos. Es difícil estar triste en una mañana tan espléndida como esta.

El primer día bueno de primavera: el mejor día del año. Disfrutémolo mientras podamos, Molly. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Y qué verdad es, contesta Molly. Deja escapar una breve risa de complicidad y entonces, antes de que a él se le ocurra una respuesta ingeniosa o divertida que prolongue la conversación, ella le dice adiós con la mano y vuelve a la camioneta.

Otra de las muchas cosas que le gustan de Molly. Siempre se ríe con sus sosos comentarios, incluso con los más pobres, los más lamentables.

Vuelve a la cocina y, sin abrirlo, deposita el paquete del libro encima del montón de envoltorios sin abrir encajado en un rincón de la estancia, cerca de la mesa. La torre se ha hecho tan alta últimamente que da la impresión de que acabará desequilibrándose con otro par de aquellos rectángulos de color café claro. Baumgartner toma nota mentalmente de que debe quitar hoy mismo los sobres de cartón y trasladar los libros, ya sin envoltura, a la caja menos llena que haya en el porche trasero, donde ha ido apartan-

do los libros no deseados para donarlos a la biblioteca pública. Sí, sí, dice Baumgartner para sus adentros, sé que prometí hacerlo la última vez que vino Molly, y la penúltima también, pero esta vez tengo la firme voluntad de hacerlo.

Consulta el reloj y ve que ya son las diez y cuarto. Se está haciendo tarde, pero quizá no demasiado para llamar a Naomi y pararla en seco antes de que empiece a descargarle una lluvia de groseros insultos. Alarga la mano para tomar el teléfono, pero justo cuando está a punto de descolgarlo, el diablillo blanco vuelve a sonar. De nuevo piensa que es su hermana, y se equivoca otra vez.

Una voz trémula y menuda contesta a su dígame, musitado entre dientes, con una pregunta apenas audible: *¿El señor Baumgartner?* Pronuncia las palabras alguien tan joven y tan claramente en apuros que una súbita alarma se apodera de Baumgartner, como si todos los órganos de su cuerpo funcionaran de pronto al doble de su velocidad normal. Cuando pregunta quién es, la voz dice *Rosita*, y enseguida comprende que algo debe de haberle pasado a la señora Flores, la mujer que primero vino a limpiar la casa unos días después del entierro de Anna y desde entonces ha seguido viniendo dos veces por semana

para fregar el suelo, pasar la aspiradora a las alfombras, lavarle la ropa y ocuparse de otras múltiples tareas domésticas que le han evitado vivir rodeado de mugre y desaliño durante los últimos nueve años y medio, la buena de la señora Flores, formal, silenciosa y reservada las más de las veces, con su marido, trabajador de la construcción, y sus tres hijos, dos chicos mayores y la pequeña de doce años, Rosita, delgaducha y de magníficos ojos castaños que viene de visita todos los años en Halloween para recoger su bolsa de dulces.

¿Qué ocurre, Rosita?, pregunta Baumgartner. ¿Le ha pasado algo a tu madre?

No, dice Rosita, a mi madre no. A mi padre.

Baumgartner espera unos momentos mientras la chica derrama unas cuantas lágrimas contenidas en un breve y sofocado acceso de llanto, y como la pequeña sigue haciendo esfuerzos por dominarse porque no quiere rendirse y dejarse ir del todo, su respiración se ha convertido en una serie de estremecimientos y jadeos entrecortados. Baumgartner entiende que como la señora Flores tenía que venir a casa esta tarde y como se encuentran en Semana Santa y su hija no va al colegio, ha dado instrucciones a Rosita para llamar al señor Baumgartner e informarle de la emer-

gencia mientras ella se enfrenta con lo que sea que le haya pasado a su marido.

Una vez que han cedido un poco los jadeos y las lágrimas reprimidas, Baumgartner formula la siguiente pregunta. Agrupando los fragmentos del relato de la niña sobre lo que le ha dicho su madre, que a su vez lo ha sabido por otra persona, deduce que el señor Flores se encontraba haciendo unas reformas en la cocina de una casa y mientras estaba en el sótano del cliente cortando tablones con la sierra circular, operación que ya ha realizado antes centenares si no miles de veces, no se sabe cómo se ha rebanado dos dedos de la mano derecha.

Baumgartner ve los dos dedos cortados, que caen sobre un montón de aserrín en el suelo. Ve la sangre fluir de los muñones sin piel, en carne viva. Oye gritar al señor Flores.

Finalmente dice: No te preocupes, Rosita. Sé que es horrible, pero lo pueden arreglar. Los médicos le colocarán de nuevo los dedos en la mano a tu padre, y cuando vuelvas al colegio en otoño, estará en perfectas condiciones.

¿De verdad?

Sí, en serio. Te lo aseguro.

Como la niña está sola en casa y se encuentra su-

mida en un estado de auténtico pánico desde que su madre salió para el hospital, Baumgartner sigue hablándole durante diez minutos. Al concluir la conversación, en cierto momento logra arrancar a la niña algo parecido a una carcajada, y cuando al fin cuelgan, ese pequeño remedo de risa es lo que persiste en él, porque está casi seguro de que será la cosa más importante que vaya a realizar en todo el día.

Sin embargo, Baumgartner está impresionado. Agarra una silla y se sienta, fija la mirada en el renegrido cerco de una vieja mancha de café mientras repasa mentalmente la escena. Angel Flores, veterano carpintero de cuarenta y ocho años, mientras hace algo que ya ha realizado a la perfección en repetidas ocasiones a lo largo de muchos años, de manera súbita e inexplicable comete un error y por un simple descuido se produce una grave lesión a sí mismo. ¿Por qué? ¿Qué le hizo perder la concentración y distraerse de la tarea que tenía entre manos, que era sencilla si prestaba atención y peligrosa si se descuidaba? ¿Se despistó por algún compañero de trabajo que bajaba por las escaleras en ese momento? ¿Le pasó inadvertidamente por la cabeza algún pensamiento inconexo? ¿Se le posó una mosca en la nariz? ¿Sintió una repentina punzada de dolor en el estómago? ¿Bebió

demasiado la noche anterior o discutió con su mujer antes de salir de casa, o...? De pronto se le ocurre que el señor Flores tal vez se cortó los dedos en el preciso momento en que él, Baumgartner, se quemaba la mano con el pocillo. Ellos mismos, la causa de sus respectivas desgracias, aunque la de uno sea mucho mayor que la del otro, y sin embargo, en cada caso...

Suena el timbre, interrumpiendo el flujo de las divagaciones de Baumgartner. Maldita sea, dice mientras se levanta despacio de la silla y, arrastrando los pies, se dirige a la parte delantera de la casa. Ni siquiera lo dejan pensar a uno.

Cuando abre la puerta de entrada, Baumgartner se encuentra con el rostro del inspector de la luz, un individuo alto, fornido, de veintinueve o treinta años, vestido con la camisa azul del uniforme de la compañía de electricidad y el logotipo PSE&G estampado en el bolsillo izquierdo y, justo debajo, bordado con hilo de un amarillo chillón, el nombre del empleado que lleva la camisa: ED. Por lo que deduce Baumgartner, la mirada de Ed expresa tanto esperanza como consternación. Extraña mezcla, piensa, y cuando Ed le brinda una vacilante sonrisa a modo de saludo, el efecto es aún más confuso: como si el hombre casi esperase que le dieran con la puerta en las narices.

Para calmar la inquietud del hombre, Baumgartner lo invita a pasar a la casa.

Gracias, señor Boom Garden, dice el empleado de la compañía eléctrica, cruzando el umbral de una zancada. Se lo agradezco.

Más divertido que molesto por la confusión con respecto a su apellido, Baumgartner dice: ¿Por qué no nos llamamos por el nombre de pila? Yo ya sé el suyo —Ed—, de modo que ¿por qué no deja lo de señor y me llama Sy?

¿Sí...?, dice Ed. ¿Qué clase de nombre es ese?

No, no es sí, sino Sy, S-Y. Una abreviación de Seymour, el ridículo nombre que me pusieron mis padres al nacer. Sy no es para lanzar cohetes, lo admito, pero al menos es mejor que Seymour.

Usted también, ¿eh?, dice el inspector de la luz.

Yo también, ¿qué?, dice Baumgartner.

Se ha quedado con un nombre que no le gusta.

¿Qué tiene Ed de malo?

Nada. Lo molesto es el apellido.

Ah. ¿Y cuál es?

Papadopoulos.

No tiene nada de malo. Es un apellido griego común y corriente.

Para quien viva en Grecia, quizá. Pero en Estados

Unidos a la gente le da risa. En el colegio los demás niños se burlaban de mí y, hace unos años, cuando era lanzador en la liga de Clase A, todo el público se echaba a reír cuando anunciaban mi apellido por el altavoz. A cualquiera le da eso, como se llame. Complejo.

Si tanto le molesta, ¿por qué no se lo cambia?

No puedo. Mi padre se llevaría un buen disgusto.

Baumgartner empieza a aburrirse. Si no interrumpe esas divagaciones fuera de lugar, Ed Papadopoulos pronto empezará a soltarle la vida entera de su padre o a recordar los altibajos de su carrera en las ligas menores, así que Sy, diminutivo de Seymour, cambia bruscamente de tema y pregunta a Ed si quiere echar una mirada al medidor, que está en el sótano. Así es como se entera de que es el primer día de trabajo del joven y de que el medidor de abajo va a ser el primero que lee como empleado fijo en la plantilla de la Public Service Electric & Gas Company, lo que explica por qué no se ha presentado a la hora prevista: no por culpa suya, desde luego, sino porque una pandilla de veteranos le ha gastado una broma esta mañana —¡su primer día de trabajo!— y le ha vaciado el depósito de gasolina de la camioneta hasta dejarlo solo con combustible suficiente para desplazarse unos ochocientos

metros, lo que produjo que la camioneta se parase en una calle atestada en plena hora pico y fuera la causa del embarazoso retraso. Lo lamenta, dice, siente mucho haberle causado esa molestia. Ojalá hubiera tenido el buen juicio de revisar el indicador de la gasolina antes de empezar la ruta, entonces habría estado aquí a tiempo, pero esos estúpidos graciosos tenían que gastarle una broma solo porque era el nuevo, para ver si le echaba bronca el encargado. Otra de esas meteduras de pata y lo pondrán en periodo de prueba. Dos más, y probablemente lo echarán a la calle.

Para entonces, Baumgartner está a punto de gritar. ¿De dónde sale esta musculosa cotorra, se pregunta, y con qué medios podrá contenerse ese inagotable flujo de palabras? Y, sin embargo, pese a su creciente irritación, no puede evitar cierta sensación de simpatía hacia ese afable zopenco, de manera que, en vez de hacer acopio de aire y soltar un alarido a pleno pulmón, Baumgartner emite un blando y casi inaudible suspiro y camina hacia la puerta que conduce al sótano.

Está ahí abajo, dice, en la pared del fondo a la izquierda, pero cuando acciona el interruptor para encender la luz, el sótano sigue a oscuras. Maldita sea, dice Baumgartner, haciendo esfuerzos por dominar-

se del mismo modo que la pequeña Rosita se ha esforzado por no llorar cuando hablaron antes, debe de haberse fundido el foco de abajo.

No hay problema, dice Ed. Tengo una linterna. Forma parte del equipo, ¿sabe usted?

Bien, entonces seguro que lo encontrará.

Puede que sí y puede que no, dice el inspector de la luz. No le importaría bajar e indicarme dónde está, ¿verdad? Solo esta vez, para que no le haga perder más tiempo.

Se le ocurre a Baumgartner que Ed Papadopoulos tiene miedo de la oscuridad, o quizá solo de los sótanos sin luz, sobre todo en casas viejas como esa, con telarañas colgando de las vigas, bichos gigantescos correteando por el suelo y Dios sabe cuántos objetos invisibles bloqueando el paso al medidor, y, por consiguiente, aunque no le cabe duda de que Naomi le llamará en cuanto ponga el pie en el último escalón, Baumgartner conviene de mala gana en ir primero para mostrarle el camino.

La escalera del sótano es vieja y se tambalea, otra cosa que Baumgartner se ha prometido arreglar y aún no ha hecho, ni siquiera después de años de haberse hecho la misma promesa con el mismo énfasis de resolver pronto el problema, porque nunca se le ocu-

rre pensar en la escalera hasta que baja al sótano, y una vez que vuelve a subir y cierra la puerta, se le olvida. Ahora, sin foco en el techo que ilumine los peldaños, y con la única fuente de luz viniendo de la linterna de Ed, que va detrás de él, Baumgartner alarga cautelosamente la mano hacia la barandilla de madera astillada, pero en cuanto se agarra a ella siente mil pinchazos de agujas fantasma en la palma y los dedos quemados: como si se los chamuscara otra vez. Retira la mano al instante y, como a la izquierda no hay barandilla, ya no tiene sitio alguno donde sujetarse, pero, confiando en que conoce bien la escalera después de vivir tantos años en la casa, aventura un primer paso hacia abajo, se le escapa por un centímetro el peldaño de madera, pierde el equilibrio en la oscuridad y cae rodando hasta el pie de la escalera, se da un golpe en un codo, luego en el otro y por último se hace trizas la rodilla derecha contra el duro suelo de cemento.

Por segunda vez esa mañana, Baumgartner grita de dolor.

El grito se funde en un prolongado acceso de gemidos mientras su cuerpo, hecho un higo, se retuerce sobre el suelo húmedo. No se da cuenta de que continúa moviendo los miembros y, sin embargo, sabe

que no ha perdido el conocimiento porque en la cabeza le da vueltas una serie de pensamientos incoherentes, pero como le resultan vagos e incomprensibles no podrían calificarse de verdaderos pensamientos, supone, y los relega a la categoría de casi pensamientos o no pensamientos, salvo quizá porque, a pesar del dolor que lo asalta en los codos y la rodilla derecha, no le duele la cabeza, lo que significa que el cráneo ha sobrevivido a la caída sin traumatismos graves, lo que a su vez sugeriría que, a fin de cuentas, el accidente no lo convertirá en un inútil babeante listo para el asilo. Un momento después, sin embargo, con Ed de pie sobre él y alumbrándole la cara con la linterna, Baumgartner, incapaz de encontrar palabras para decirle que dirija la luz a otra parte, deja escapar otro gemido mientras se tapa los ojos con la mano derecha. La incapacidad de expresar sus pensamientos le preocupa, incluso lo asusta. Eso demuestra, cuando menos, que la función intelectual sigue confusa, si es que después de todo no está dañada de forma permanente o, si no, simplemente alterada de momento por el dolor que se le ha propagado a diversas partes del cuerpo además de a la cabeza, en particular al codo derecho, que parecía como si le fuera a estallar en llamas cuando levantó el brazo para taparse los ojos

con esa mano, la misma mano derecha que ya se ha quemado esta mañana y que todavía le duele, sin duda porque en el último momento atenuó la caída lanzando las manos hacia delante al darse contra el suelo de cemento al pie de la escalera, aunque no tenga recuerdo alguno de tal suceso.

Rayos, dice Ed. ¿Está usted bien?

Tras una larga pausa, Baumgartner se las arregla al fin para que a duras penas le salgan algunas palabras de la boca. No lo sé, dice. Por gratificante que resulte advertir que no ha perdido la facultad del habla, los dolores aún son demasiado fuertes para cantar victoria. Al menos no me he matado, prosigue. Eso ya es algo, supongo.

Pues claro que es algo, contesta el inspector de la luz, eso es lo único que importa. Pero dígame, Sy, ¿dónde le duele?

Mientras Baumgartner enumera las partes magulladas de su cuerpo, Ed, asumiendo el papel de preparador físico, evalúa cuidadosamente las posibles lesiones sufridas por cada maltrecho músculo, tendón y hueso, y una vez completado el inventario, pregunta a Baumgartner si tiene fuerza suficiente para que lo ayude a levantarse del suelo y subir la escalera.